

**LAS CRITICAS A
LA RELIGION Y LAS
TENDENCIAS MATERIALISTAS**

Manuel Segura Castro

Verdaderamente, el título de este artículo no lo inventé yo, es un epígrafe del programa “Los fundamentos generales del hombre y la sociedad en el mundo de hoy”.

Pero ese título (me refiero al del artículo) está muy bien puesto, porque las críticas a la religión están íntimamente ligadas a las tendencias materialistas.

Las críticas a la religión culminan fácilmente en la negación de la existencia de Dios, de la existencia de un alma espiritual en el hombre, y de la vida ultraterrena.

Se afirma entonces que todo es materia.

Materia, y fenómenos y epifenómenos de la materia.

El cerebro humano sólo sería una glándula; y el pensamiento, una emanación energética de esa glándula.

Y la muerte del hombre sería lo mismo que la muerte del perro.

Las críticas a la religión pueden tener un contenido puramente práctico: que los frailes no cumplen con las reglas; que los curas tienen queridas; que se comercia con la religión. . .

Pero a éstas no voy a referirme, porque éstas no engendran, necesariamente, tendencias materialistas. Sólo generan tendencias anticlericales.

Pero es que las críticas a la religión pueden ser de contenido teórico, o filosófico, y a éstas sí tengo que referirme, porque éstas sí producen tendencias materialistas.

Inclusive se puede distinguir un ateísmo práctico de un ateísmo teórico.

El ateísmo práctico es el de los que afirman que hay Dios, alma y eternidad, pero que viven como si no creyeran; atados al dinero, a la impiedad y al placer.

Los ateos prácticos constituyen un elevado porcentaje de la humanidad.

El ateísmo teórico, que es al que yo he de referirme, es el de aquellos que, viviendo quizás una vida muy correcta desde el punto de vista moral, presentan argumentos para negar a Dios, y para negar la existencia del espíritu y de la vida eterna.

Modernamente existe una línea filosófica existencial atea, la cual niega a Dios para negar el destino, y para poder así afirmar al hombre como libre, como responsable de su conducta y como arquitecto de su vida.

Las mismas tendencias materialistas, a veces son simplemente de sentido práctico: consisten sólo en aferrar el corazón a la materia. Pero a veces tienen el sentido teórico de una actitud filosófica materialista.

Pero las críticas de contenido teórico, el ateísmo teórico, y las tendencias teóricas, nacen principalmente del planteamiento del problema del mal. Por eso tengo que hablar del mal.

Yo me atrevo a decir que toda religión, y que toda filosofía, es, en principio, un esfuerzo por plantear el problema del mal, y por encontrarle una solución aceptable.

Esta es la pregunta: ¿Por qué existe el mal? ¿Cuál es la fuente o causa última del mal?

Pero, ¿qué tiene que ver esto con Dios y con el materialismo?

Pues, que si Dios no existiera, la pregunta misma carecería de sentido.

Si Dios no existiera, no tendría nada de raro que existiera el mal. Al contrario, nada existiría. Sólo se daría el mal infinito y eterno del no-ser. La vaciedad más absurda.

Si Dios no existiera, lo raro, lo imposible, lo absurdo, sería que existiera algo; que existiera el bien, aunque fuera en el más ínfimo grado.

Porque si no existiera Dios (el ser eterno) todos los seres serían contingentes, es decir, todos habrían tenido principio de su existencia, habrían comenzado a existir.

Y si todos los seres hubieran comenzado en su existir, alguno habría sido el primero.

Y si uno hubiera sido el primero en comenzar a existir, antes que él empezara, nada habría.

Y como de la nada, nada se hace, ahora nada habría.

Por eso digo que si Dios (el ser eterno) no existiera, nada existiría.

Entonces la pregunta, ante la existencia del mal, es esta: ¿Cómo es posible que existan limitación, defectos, pecados, castigos y muerte, existiendo un ser de infinita sabiduría, de infinita bondad y de infinito poder?

Se dice que el origen de la filosofía, desde el punto de vista psicológico (no desde el punto de vista lógico o histórico), fue la admiración.

Yo estoy de acuerdo con eso, mientras no se hable de la admiración ante el bien, sino de la admiración ante el mal.

Porque en los momentos de admiración ante el bien, ante la belleza de un amanecer frente al mar, ante la alegría de un triunfo, ante la belleza de una flor, de un animal o de un niño. . . la conciencia del hombre se vuelca hacia afuera. El hombre está distraído, es decir, traído hacia afuera, IDO.

Pero para la reflexión filosófica se requiere ensimismamiento, concentración.

Es cuando el hombre se encuentra abandonado, triste, inseguro, afligido ante la incompreensión, el dolor, la enfermedad, el peligro, la traición o la muerte. . . que el hombre pregunta, desesperadamente, ¿por qué?

Entonces nace la filosofía, y antes que la filosofía la religión, y antes que la religión el mito.

Por eso digo que el origen de la filosofía es la admiración, pero la admiración ante el mal. Es el espanto. El espanto ante el mal que aflige al hombre, o ante el mal que el hombre comete. Eso hace nacer la filosofía.

Quizá no nos importe saber dónde está el páncreas. Pero si un ser al cual amamos tiene cáncer en el páncreas, sí nos preocupamos por saber no sólo dónde está, sino también cómo es, cuál es su función, y todo lo demás referente a esa glándula.

La traición, el crimen, el robo, el adulterio, la mentira, el homicidio, etc., arrancan del hombre la desesperada pregunta del porqué, y la desesperada búsqueda de la respuesta.

El mismo Jesucristo, en la cruz, elevó al Padre la pregunta: “¿Por qué me has abandonado?”

Parece que Cristo hombre, la carne humana, tuvo duda de la bondad del Padre celestial, porque lo juzgó mal Padre, padre que abandona.

Es que, igual que a Cristo hombre, a todos nos ocurre que, en primera instancia, la pregunta sobre el porqué del mal, la dirigimos a Dios, y, si no hay buena respuesta, negamos a Dios, consciente o inconscientemente, y nace el materialismo. Primero como práctica, y al final como teoría.

Negado Dios, queda negado el espíritu como sustancia; como sustancia distinta, opuesta, incomunicable e irreductible respecto de la sustancia material.

No hay Dios, no hay alma, no hay eternidad, no hay juicio moral, y todo es materia, y el hombre es “un ser para la muerte”.

El mal —se dice un poco a la ligera, pero con toda razón— no es SER, sino carencia de ser.

Es una forma sutil de decir, acaso hasta sin percatarse de ello, que EL MAL NO EXISTE.

Sin embargo, el mal existe, y hay distintos modos de MAL, aunque, ciertamente, cada modo de mal es un modo de NO-SER.

Una primera forma del mal es el mal metafísico. He aquí a Satanás.

El mal metafísico consiste en carencia de SER en el sentido de limitación.

Esta forma de mal se da, necesariamente, en toda creatura, porque toda creatura es limitada, es decir, finita, o imperfecta.

Toda creatura es, por el mismo hecho de ser creatura, una mezcla de ser y de no-ser.

Otra clase de mal es el mal físico. Este consiste en la carencia, en una creatura, de una perfección debida o perteneciente a la naturaleza de esa creatura.

Para una piedra no es un mal estar privada de vista o de oído, porque a la naturaleza de la piedra no le pertenecen la visión ni la audición.

Pero sí es un mal para un hombre —un mal físico— estar ciego o estar sordo.

Existe otra forma de deficiencia, o de mal, que es el mal moral, el pecado.

El pecado es carencia de rectitud de la acción consciente y voluntaria, respecto del orden del universo. Es acción que destruye.

Otro mal, llamado mal legal, o castigo, consiste en el sufrimiento a que es sometido el autor del pecado.

Sin embargo, mirado desde otro ángulo, el castigo no es un mal sino un bien, porque se impone por amor, y para el bien del castigado.

La venganza, que no es lo mismo que castigo, sí es un mal.

Para los seres vivientes, sobre todo para el hombre, por la conciencia que éste tiene del mal, existe otro mal, que es un compuesto de todos los males: la muerte.

La muerte tiene, repito que para el hombre, algo de mal metafísico, algo de mal físico, y ha sido ligada también al pecado y al castigo.

Todos los seres vivientes luchan, con todas sus fuerzas, contra la muerte.

Pero las plantas por lo menos no saben que van a morir.

En los animales la lucha contra la muerte se hace más patética por el instinto.

Pero para el hombre el solo recuerdo de la muerte, por la absoluta seguridad que tiene de que ha de morir, es siempre un recuerdo muy amargo.

“Dichoso el árbol —dice Rubén Darío— que es apenas sensitivo.

*Y más la piedra dura, porque ésta ya no siente.
Pues no hay dolor más grande que el dolor de estar vivos,
ni mayor amargura que la vida consciente.
Ser, y no ser nada.
Y ser sin rumbo cierto.
Y un terror del pasado y un futuro terror.
Y el espanto seguro de estar mañana muertos.
Y temer por la vida, y por la muerte, y por. . .
esa carne que tienta con sus frescos racimos
y esa muerte que aguarda con sus fúnebres ramos.
Y no saber siquiera ni de dónde vinimos.
Ni para dónde vamos”.*

Siempre que hablo de la muerte, me vuelve a la memoria que cuando yo era Capellán del Hospicio de Huérfanos, nos llevaron un niño que, además de ser huérfano, tenía poliomielitis.

Este niño corría por los corredores del Hospicio metiendo gran ruido, por los aparatos ortopédicos que tenía en las piernas deformes y por el par de muletas que manejaba con gran destreza a pesar de que sólo tenía seis años de edad.

Era un niño negro, de la raza africana. Y, aunque en Costa Rica no discriminamos a los de otras razas, los niños del Hospicio no querían jugar con él porque despedía mal olor.

Se llamaba Pedro Napoleón. Pedro por el apóstol y Napoleón por el guerrero, aunque él no era ni guerrero ni apóstol.

Este niño era un verdadero cargamento de amarguras. Pero amaba la vida. Y ese amor a la vida lo manifestaba con un tremendo horror a la muerte.

Tan pronto sabía que estaba enfermo, tan pronto sentía que estaba con calentura, lloraba espantado ante la posibilidad de la muerte. Y se agarraba fuertemente de mis manos, diciendo que no quería morir.

Le gustaban mucho las flores y las mariposas. También las golosinas. . . Y siempre sonreía cuando estaba sano.

A los seis meses de haber llegado al Hospicio murió.

En cierta ocasión, un colega nuestro estaba debatiéndose entre la vida y la muerte. Ese colega ya murió.

Yo encontré un día a un grupo de profesores comentando el caso de que fulano se estaba muriendo. Lo hacían con muy profunda tristeza, y como si se tratara de algo no natural.

Yo les dije que todos estábamos debatiéndonos entre la vida y la muerte, todos los días.

Todos sonrieron, pero con una sonrisa que se les enredaba entre los dientes, y tétrica.

¡El espanto seguro de estar mañana muertos!

Y ante el mal, que nos aflige de tantas y tan diversas maneras, dudamos de Dios.

Aunque es curioso, y hay que reconocerlo, y hay que decirlo, que el mismo mal, que a veces nos hace levantar contra Dios nuestros reproches, o que nos hace caer en ateísmo y en materialismo, a veces nos hace poner abajo la soberbia, y hasta decir: reconozco mi maldad y mi impotencia y mi condición de mortal, no puedo confiar más en mí mismo; confío en Dios.

Porque dice la **Biblia** en I P. 1.24: *“Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba. La hierba se seca y la flor cae. Sólo la palabra de Dios permanece para siempre”*.

A mí eso me parece muy bonito. Y me parece bonito hasta eso de que nos acordemos de Dios más cuando tiembla que cuando hay bonanza.

Pero no deja de causarme pena que sean el dolor, o la enfermedad, o el pecado, o la muerte, y no el espectáculo maravilloso de la naturaleza y de la vida, lo que nos haga apuntar hacia Dios el corazón y la esperanza.

Se ha dicho que “a solas, frente al mar y a media noche, ningún hombre es ateo”.

Por eso las religiones, para llevar al hombre hacia Dios, ponen más énfasis en el mal que en el bien, y son más negativas que positivas.

La religión es la búsqueda de un asidero firme y eterno en el abismo de la vida, y un esfuerzo por tomar al hombre, separado de Dios por el pecado, y ligarlo de nuevo a El, re-ligarlo, de donde parece derivar, precisamente, la palabra religión.

Pero a veces las mismas religiones fallan y se alejan de Dios, y de ahí brotan las críticas a la religión, ora de sentido práctico, ora de sentido teórico, que alejan a las gentes de Dios, y sobreviene el materialismo.

Pero ya dije que las críticas que me interesan son las de sentido teórico, y que éstas brotan del planteamiento del problema del mal, con la pregunta sobre las causas del mal.

Como el mal es NO-SER, no puede echarse a Dios la culpa del mal, porque Dios es SER, puro, infinito y eterno.

Tampoco la nada puede causar el SER.

Las religiones siempre tratan de defender a Dios de la existencia del mal, e inventan algún demonio, originador de todos los males.

Verdaderamente sólo las creaturas (en lenguaje filosófico “los entes”) pueden ser causas de NO-SER, o causas del mal. Porque toda creatura es limitada, es decir, compuesta, originalmente, de SER y de NO-SER.

Pero Dios es SER puro.

La imperfección o limitación de la creatura es el verdadero Satanás en la filosofía. El mal metafísico.

Y ustedes dirán: Bueno, pero, ¿quién hizo el mal metafísico? ¿Quién hizo imperfectas a las creaturas?

Claro que fue Dios. Entonces Dios tiene, en última instancia, la culpa del mal.

Sin embargo, el asunto es así:

Dios se encontró, en el principio (Dios no tiene principio, pero de alguna manera tiene que hablar uno), ante esta alternativa: crear, o no crear.

Y no podía El crear seres perfectos. No podía crear dioses. Porque dioses creados no son dioses, igual que círculos cuadrados no son círculos. La característica principal de Dios es ser increado o eterno. Pues el mismo hecho de ser creado es imperfección, porque implica dependencia en el SER.

Entonces Dios sólo podía crear seres imperfectos (entes), o no crearlos.

Pero se decidió por crearlos, no por El, porque El no necesitaba de las creaturas, sino por ellas, porque para las creaturas, aun para las menos perfectas, como hace ver San Agustín en su tratado sobre **El Libre Albedrío**, es mejor ser que no ser.

Y no pueden las creaturas reclamar a Dios por haberles dado un ser imperfecto, porque, aunque imperfecto, es mejor que nada, y les fue dado gratuitamente.

Y a nadie se le va a ocurrir que Dios hizo el ser de las creaturas, y que por aparte hizo el no-ser de ellas, y que luego añadió el no-ser al ser, como si ser y no-ser fueran cosas. Cosas materiales.

Dios simplemente dio el ser a las creaturas, sólo que les dio un ser limitado o imperfecto.

En este sentido tenemos que atribuir a Dios el mal metafísico.

Y lo peor del caso es que todos los demás males derivan, de una manera o de otra, del mal metafísico.

La imperfección, en algún grado o forma, es necesaria a las creaturas, no sólo porque sin imperfección no hay creatura, ni puede haberla, sino porque la imperfección, el mal metafísico, es lo que hace posible la limitación, la pluralidad, el cambio, la distinción y la composición.

En este sentido el no-ser es, hablando metafísicamente, lo que hace posible nuestro mundo, que es mundo de cosas limitadas, múltiples, distintas, cambiantes y compuestas.

Nuestro mundo, el mundo de los entes, es imposible sin el no-ser, y es, por eso, el mundo del no-ser.

En nuestro mundo, en el mundo de la verdad relativa (la verdad absoluta es Dios), cada ente es lo que es, porque no es lo que no es.

Yo soy yo porque no soy. Porque no soy los minerales, porque no soy los vegetales, porque no soy los animales, porque no soy los astros, porque no soy los demás seres humanos. Necesito no ser los demás entes para ser el ente que sí soy.

Yo soy yo PORQUE NO SOY todo el resto de la inefable infinitud del cosmos.

En mí hay ser, que me viene de Dios y en calidad de préstamo, pero DE MI MISMO sólo tengo infinita cantidad de no-ser.

Por eso yo soy yo, más que por lo que soy, por lo que no soy. Y esto ocurre a todos los entes. Y por eso este mundo es el mundo del NO-SER. Y dejarlo, por la muerte, no es dejar de ser, sino dejar de no-ser, y tornar al SER, que es Dios.

Pero, es necesario repetirlo: no es que Dios produzca el SER y el NO-SER de las creaturas, sino sólo el SER, pero un SER limitado.

Se produce el SER limitado, pero la limitación misma, como algo aparte, no se produce, porque es mal, o NO-SER.

Realmente, preguntar por la causa del mal, o del no-ser, hablando en absoluto, es absurdo, porque el no-ser, en cuanto que no-es, no tiene causa. Lo que tiene causa es el ser limitado.

Ya dije que la alternativa para Dios había sido esta: crear seres más o menos imperfectos, o no crear nada.

Sin embargo, por aquí, por la imperfección de las creaturas, empezó todo el asunto del mal. Por eso tengo que repetir por tercera vez, que el mal metafísico es el Satanás de la metafísica.

Dios no es causa del mal, pero de sus manos salieron las creaturas IMPERFECTAS.

Dios no es causa inmediata de las otras formas del mal, pero las otras formas del mal derivan de la imperfección con que Dios creó las cosas.

Las creaturas, o los entes, en cuanto son mezcla de ser y de no-ser, pueden también ser causa de ser y de no-ser, de bien y de mal. . .

Es decir: pueden, por lo que tienen de ser, ser causas eficientes; y, por lo que tienen de no-ser, pueden ser causas deficientes.

Pueden causar ser y no-ser, pero principalmente no-ser, porque el ser lo encuentran ya hecho.

Las religiones tratan de remontarse a una primera creatura, el Diablo, y a un primer hombre, Adán, para echar a ellos la culpa del origen del mal, pero el origen del mal está en la imperfección misma de las creaturas, en lo que ellas tienen de no-ser, de limitación, de mal metafísico.

Echando la culpa de todos los males al Diablo, no libramos de culpa a Dios, puesto que EL mismo fue el creador del Diablo, y lo creó a sabiendas de todo lo Diablo que sería.

Y no vale decir que Dios hizo perfecto al Diablo pero que el Diablo cayó, puesto que si Dios lo hubiera hecho perfecto, el Diablo no habría caído.

El problema con la creatura es que ella puede echar a perder, destruir. Esta es la verdadera deficiencia. Y en este sentido las causantes de las demás formas del mal son las creaturas.

Realmente no sería tan grave que las creaturas causaran deficiencia en el sentido metafísico, pues Dios mismo creó seres imperfectos (o no los creaba).

Lo verdaderamente grave es que el hombre no sólo destruye, sino que destruye consciente y voluntariamente, es decir, responsablemente, con libertad.

Y no sólo destruye las cosas puramente materiales, sino también las plantas, los animales, y aun a los demás hombres y hasta a sí mismo se destruye a veces.

Esto es lo que se llama mal moral, o pecado.

En cuanto al mal físico, puede ser efecto del mal metafísico o del mal moral.

Conviene, y es bueno decirlo ahora mismo, no ligar indisolublemente las causas físicas con las causas morales.

Hay causas físicas, como el fuego, que causa la quemadura.

Y hay causas morales, como el robo, que causa la zozobra en el ladrón y acaso hasta alguna intranquilidad en su conciencia.

La pérdida de la vista en un hombre puede deberse a una explosión, o a una enfermedad, no, necesariamente, a tal o cual pecado. Hay hombres buenos que se quedan ciegos y maleantes que ven más de la cuenta.

La pérdida de un brazo, o de una pierna, puede deberse a un accidente, no a tal o cual pecado, como no sea de manera indirecta.

El pecado puede ser indirectamente la causa de un mal físico en el hombre, pero no necesariamente.

Las inundaciones, los temblores, etc., son efectos de causas físicas y no de causas morales.

Me he entretenido hablando del mal, y de sus formas, y de las causas del mal, porque la existencia del mal es lo que lleva a los hombres a negar a Dios y a caer en el materialismo.

He dicho que Dios no es causa del mal, porque el mal, en cuanto no-ser, no exige causa, y porque Dios es el SER puro. He dicho también que la causa de las otras formas del mal son las creaturas. Sin embargo, he venido insinuando que aun cabe preguntar si Dios es, aunque sea indirectamente y en sentido moral, causa del mal, y hacer tal pregunta ya es, en alguna medida, una manera de negar a Dios.

Inclusive se puede preguntar si Dios es de alguna manera la causa de los pecados de los hombres.

¿No dice hasta la gente de la calle que ni una hoja de un árbol se mueve sin la voluntad de Dios?

Y no pregunta la **Biblia**, en Lam. 3.37, “¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que Dios no mandó?”

También en filosofía Dios, o como decimos nosotros, el SER, es la causa PRIMERA DE TODAS las cosas, buenas o malas.

Y si en Dios no hay composición de ser y de no-ser, porque es ser puro, y si, por eso, no hay en Dios ningún otro tipo de composición, sino que es absolutamente SIMPLE, sin distinción de ninguna especie, entonces en DIOS NO SE PUEDE DISTINGUIR entre saber y querer, ni entre querer y hacer, y de esta manera Dios, que todo lo sabe, por lo mismo todo lo quiere, y todo lo hace. Y entonces, “¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que Dios no mandó?”

Y no se puede decir que Dios solamente PERMITIO el pecado, para que el hombre pudiera ejercer la libertad, pues el concepto de PERMISION MORAL sólo se aplica en el caso de que alguien se vea obligado a hacer algo de lo cual se derive un mal, pero Dios no puede ser obligado sino por sí mismo. El concepto de permisión moral se aplica también en el caso de que el agente no haya podido actuar de otra manera o por otra vía, pero Dios pudo haber hecho al hombre libre sin necesidad de que el hombre pecara, pues la libertad es para que el ser libre sea soberano, y no para que pueda pecar. Si Dios hubiera dado al hombre la libertad para que pudiera pecar, entonces sí que el pecado tendría que ser imputado a Dios. Pero nosotros no entendemos la libertad como indiferencia frente al mal, en cuyo caso la libertad sería algo despreciable, sino como autodominio.

Además, Dios no sólo conocía todos los pecados que los hombres cometerían, los conocía desde antes de crearlos, sino que hasta pudo evitarlos y no los evitó.

Por eso no se puede aplicar a Dios el concepto de permisión moral.

En conclusión: todo cuanto ocurre en el universo, bueno o malo, Dios lo sabe, Dios lo quiere, y Dios lo hace. Y a la voluntad de Dios nada se sustrae, y la voluntad de Dios no se frustra.

Pero como todo eso repugna a un Dios cuya bondad, sabiduría y poder fueran infinitos, queda negado Dios. Y si queda negado Dios, queda negada el alma, y queda negada la vida de ultratumba. Ha triunfado el materialismo.

Todas estas reflexiones siempre se las hizo el hombre, pero con temor. Con temor de ser castigado por el mismo Dios, por hacérselas. O, sobre todo, con temor de ser castigado por las autoridades religiosas.

Y el temor fue más grande en épocas pasadas, sobre todo en las épocas primitivas, porque fueron épocas de gobiernos teocráticos. Y sobre todo en la Edad Media, por el primitivismo que imperó en ella, y porque ella fue eminentemente teocrática, y porque una religión se proclamó en ella dueña del mundo y dueña de Dios.

En la Edad Media era peligrosísimo meterse con Dios, porque Dios era el poder legislativo, y los profetas el poder ejecutivo.

Rousseau lo explica muy claramente: los pueblos no pueden hacer sus propias leyes si no tienen para ello un grado suficiente de educación. Pero para educar a los pueblos son necesarias las instituciones. Pero las instituciones tienen que ser creadas por los mismos pueblos. . .

Entonces en el principio, cuando los pueblos no habían creado las instituciones, cuando, por eso, los pueblos no habían sido educados, cuando todavía no podían ejercer la soberanía, y no podían aún hacer las leyes, eran VOLUNTARIAMENTE SUMISOS. Había que imponerles las leyes, y nada mejor que decirles que las leyes las mandaban los dioses. Moisés bajó del Sinaí con las leyes que Jehová mandaba.

Por eso los gobiernos primitivos fueron teocráticos.

Las leyes las dictaba Dios. A los emperadores y a los papas los nombraba Dios.

Al final de la Edad Media, sin embargo, los pueblos se habían cultivado, habían madurado, y ya no estaban para gobiernos teocráticos.

Sin embargo los gobiernos, bajo la tremenda presión del cristianismo, seguían siendo teocráticos. Grandes intereses se defendían tras la coraza del cristianismo.

Se dio entonces el choque lógico entre la autoridad y la libertad, y este choque fue la quinta esencia del Renacimiento.

Se dio el choque entre una autoridad acostumbrada al absolutismo y que, ante las ansias cada vez mayores de libertad, tenía que hacerse tiránica, y una libertad que estaba plenamente en su derecho.

Pero la autoridad se fue debilitando, entre otras razones, por anacrónica, y los hombres se fueron atreviendo, cada vez más, a formular sus CRITICAS A LA RELIGION, y, por cuanto la religión cobijaba tanto a la autoridad religiosa o eclesiástica como a la civil, las críticas se dirigieron también contra la autoridad, contra sus abusos, errores y defectos.

Rousseau habla de que todo gobierno tiende a corromperse (olvidarse del bien común), y, verdaderamente podemos afirmar, aun a priori, la corrupción del gobierno, eclesiástico y civil, en una época en la que leyes y gobernantes eran impuestos por intereses oligárquicos que se autodenominaban Dios.

Cuando ni aun el abuso de la autoridad eclesiástica conoció límites, menos pudo conocer límites el abuso de la autoridad civil.

Voy a señalar, por vía de ilustración, algunos de los abusos de la autoridad eclesiástica:

La autoridad eclesiástica osó ejercerse aun sobre los actos internos. Pero la autoridad humana no puede legislar sobre actos internos (pensamiento y deseo), simplemente porque no podría darse cuenta de estar siendo obedecida o no.

Abusó de su autoridad la Iglesia, al pretender gobernar sobre los que no eran sus súbditos (bautizados) puesto que pretendía tener autoridad sobre todos por igual.

Abusó también al empeñarse en imponer la fe por la fuerza: cruzadas, evangelización de América, inquisición. La fe tiene que ser un acto de la voluntad, es un absurdo imponerla por la fuerza, cualquiera que sea el tipo de fuerza.

Los cristianos, perseguidos en un principio por el Estado, cuando por la conversión de Constantino tuvieron en sus manos el poder político y las armas del imperio, se convirtieron en los perseguidores de los que no eran cristianos.

Abusó de su poder la Iglesia por el nefasto comercio que hizo con lo sagrado, sobre todo con la venta de puestos eclesiásticos, y con la venta del perdón de los pecados (indulgencias).

Yo insisto sobre el abuso de la autoridad eclesiástica, no sólo porque no estoy en capacidad de con-

cretar los abusos de la autoridad civil, sino porque doy por supuesto que debieron ser mucho más graves, y, principalmente, porque estoy ocupándome de las críticas a la religión, en cuanto éstas generan tendencias materialistas.

Los pueblos habían llegado a su adolescencia, a la hora de la libertad, de la soberanía. . .

La autoridad se debilitaba por el abuso y por el anacronismo.

Pero había otras razones más fuertes que debilitaban la autoridad, religiosa y civil:

La invención de la imprenta. Los pueblos cultos se hacen críticos, y rebeldes.

La definición de las nacionalidades. Los ingleses no podían ver con buenos ojos que en lo religioso los mandara un italiano y en lo civil un español.

Se detectaron los errores en torno al concepto sobre el hombre, hasta entonces concebido como un concepto, más que como un ser de carne y hueso.

Se detectaron los enormes errores en cuanto a la naturaleza: la Tierra no estaba en el centro, no era plana, no estaba quieta. El Sol no giraba en torno a la Tierra.

Pero las críticas más importantes, y en las que se sustentaron las tendencias materialistas, fueron las que apuntaron directamente contra el concepto cristiano de Dios.

El Dios filosófico, concebido simplemente como causa primera y universal, es tomado por las religiones y revestido con connotaciones humanas y terrenas, a lo cual ha tendido siempre el hombre, de suerte que no fue tanto Dios el que hizo al hombre a su imagen y semejanza, sino que ha sido el hombre el que, a lo largo de toda la historia y de todas las latitudes, ha tratado de hacer a Dios a imagen y semejanza del hombre.

Las religiones, por el prejuicio contra el panteísmo y contra el idealismo, meten a Dios dentro de los esquemas de lo humano y de lo terreno, lo hacen un ente más, aunque el más perfecto, pero, en cuanto un ente más, lo presentan rebajado y desfigurado, y un Dios así rebajado y desfigurado, no resiste las críticas de la filosofía, y es entonces cuando corre el peligro de ser rechazado y negado, y hasta despreciado, y se entroniza el materialismo.

Veamos algunas de las críticas (posiblemente las más importantes), que desde las tiendas de la filosofía, pueden hacerse contra el concepto religioso de Dios, y que los pensadores osaron hacer, al debilitarse la autoridad religiosa, en el ocaso de la Edad Media y en el Renacimiento:

Dios somete a Adán y a Eva a una prueba cuyo resultado conoce de antemano. El Dios religioso es, por lo tanto, un Dios al cual le falta seriedad. No es Dios.

Dios sabe de antemano que el resultado de esa prueba del Paraíso, será de perdición y de muerte, y no evita eso, pudiendo evitarlo. Entonces el Dios religioso es cruel. No es Dios.

La imagen de Dios, presentada por las religiones, es la de un Dios que trasuda soberbia, la imagen de un Dios imponente. Es la imagen de un Dios que, con infinito poder, crea todo un universo. Es un universo cuya extensión y belleza sobrepasa todo posible esfuerzo de la imaginación humana. Luego, en un rin-

cón de ese universo pone al hombre: pequeño, falible, débil. Y apenas abre el hombre sus ojos absortos ante tal grandeza, cuando Dios se encara con él para cundirlo de amenazas: “Y si comes, ciertamente morirás”.

Dios es infinito. Pero produce una creación “ad extra”, que lo limita, y entonces es infinito y finito al mismo tiempo. Un absurdo.

Dios aparece también como un ser muy vanidoso. Crea un mundo y un hombre para mostrar al hombre, como si el hombre fuera tan importante frente a Dios, su poder, su bondad y su sabiduría. Porque Dios quiere, y parece que hasta NECESITA, que los hombres le aplaudan (lo alaben).

Dios permite que el hombre peque, para castigarlo luego y así manifestarle su justicia. Como si a Dios le hubiese sido necesario manifestarle a alguien su justicia y como si El no hubiera tenido otra manera de manifestar su justicia.

De múltiples maneras y en múltiples ocasiones aparece Dios como muy interesado por las cosas materiales, tanto que a cada rato reclama que El es el verdadero dueño de todo, que el hombre es como un “arrimado” en el universo, y le cobra hasta impuestos (primicias y diezmos).

Dios aparece también como OFENDIDO por el hombre. Pero un Dios ofendido no es un Dios, puesto que sólo los seres imperfectos pueden ser ofendidos, ya que la ofensa supone disminución, en el ofendido, de su perfección y de su felicidad, pero la perfección y la felicidad de Dios, no pueden ser disminuidas, dado que la disminución, lo mismo que el aumento, sólo pueden ser a partir de un límite, y Dios, si existe, no tiene límites. “¿Qué le importa a la luna —dice un poeta—, allá en los cielos, que le ladren los perros de la tierra?”

El Dios religioso es un Dios que aparece como ARREPENTIDO. “Penitet me fecisse hominem”. “Me arrepiento —dice— de haber hecho al hombre”. Y ordena a Noé construir el arca porque va a destruir su creación mediante un diluvio. ¿Cómo podría arrepentirse un ser que en todo ha actuado con bondad, poder y sabiduría infinitos?

El Dios religioso aparece como un ser con PREFERENCIAS. Su pueblo amado es Israel. Los demás son los perros. Sólo los israelitas son los hijos. Una mujer gentil pide un favor a Jesús, y éste le reprocha: “¿No has oído que no es bueno dar a los perros el pan de los hijos?”

El Dios religioso aparece como un Dios vengativo. No es el padre que castiga al hijo por amor, para el bien del hijo, sino el juez iracundo que asume la venganza de los otros y que confina a los réprobos en los antros de suplicio del infierno para toda la eternidad.

Es un Dios que, a los que El amó desde antes de crearlos, los escogió y los predestinó para la gloria, pero que a los demás los abandona y les endurece el corazón.

Estas reflexiones, y muchas otras, condujeron primeramente al deísmo y luego al ateísmo. O es que Dios no se mete con las cosas de los hombres, o es que no existe.

El problema del mal fue expuesto de manera clara por Voltaire, pero, casi con las mismas palabras, había sido expuesto siglos antes por San Agustín.

El argumento es así:

Si existe el mal, no existe Dios.

Es así que el mal existe.

Luego, no existe Dios.

Que si existe el mal no existe Dios, se prueba de este modo:

Si Dios existiera, sabría cómo evitar el mal, por su sabiduría infinita. Podría evitarlo, por su poder infinito. Y querría evitarlo, por su santidad omnímoda.

Si, pues, el mal existe, es porque Dios no sabe cómo evitarlo, y entonces es ignorante, no es Dios. O es que Dios sabe cómo evitarlo, pero no puede; entonces es impotente. No es Dios. O sabe y puede evitarlo, pero no quiere. Entonces es cruel. No es Dios.

O ni sabe, ni puede ni quiere evitarlo. Menos es Dios.

En cuanto a la premisa menor: que el mal existe, esto es lo más patente a los ojos, al entendimiento y al corazón del hombre: hay imperfección, hay dolor, hay pecado. . .

Por lo tanto, el argumento no tiene vuelta de hoja: Dios no existe.

Me dirán que Dios permite que exista el pecado para que pueda darse la libertad. Pero entonces me obligan a repetir que el concepto de PERMISION moral no puede aplicarse a Dios. Y, en cuanto se refiere a la libertad, tengo también que repetir que si la sabiduría de Dios es infinita, quiérase o no, todo el ser y el devenir del universo y del hombre quedan fijados como destino. Hay que repetir también que, por la absoluta y omnímoda simplicidad de Dios, no cabe distinguir en El, el saber del querer, ni el querer del hacer, y que en el universo, todo cuanto ocurre, bueno o malo, es sabido desde la eternidad por Dios, si es que existe, y querido y decidido por El. Y, “¿quién será aquel que diga que sucedió algo que Dios no mandó?”

En definitiva, si Dios existiera, El sería, en última instancia, y al menos en sentido moral, la fuente de todos los males. Pero entonces no sería Dios, y volveríamos a quedar en lo mismo, en la negación de su existencia.

Y si no hay Dios, no hay espíritu. No hay alma. No hay vida eterna. Todo es materia. Y el hombre es un ser para la muerte.

El hombre es entonces verdaderamente libre, porque no existe el destino. Ni una voluntad suprema que lo encadene. El hombre es responsable de su conducta, el arquitecto de su vida. El hombre es grande. Pero grande frente a la verdad más grande aún de la muerte. De la muerte que termina con el hombre y con su grandeza. La existencia humana no tiene sentido. El hombre es un absurdo. Y todo el universo es también un absurdo.

O tal vez todavía podamos sacar a Dios de los escombros y regresar a la esperanza y reírnos de la muerte. . .